

LA NOVELA SOCIAL CONTEMPORANEA EN ESPAÑA

En el artículo anterior estudiamos con rapidez la novela social contemporánea en Estados Unidos y Francia. Vamos a tratar en éste, también con brevedad, sobre la novela social de hoy en España. No pretendemos sea un trabajo completo, sino un primer intento modesto, en espera de otros.

En estos últimos años se han intensificado extraordinariamente las novelas sociales en nuestra patria, debido, sin duda, al imperativo de lo social en la actualidad y a la influencia de la novela de otras naciones, sobre todo de Estados Unidos.

Es innegable que en nuestra novela actual, con más o menos acierto y sinceridad, encontramos reflejadas zonas de la vida española de la posguerra y de hoy, en las que no han sido soslayados los aspectos y ambientes más sórdidos y miserables, sino al revés manejados con reiteración casi morbosa, y con un fondo de reivindicación social. Cualquiera pudiera creer que en una nación, donde existe censura literaria, se evitarían aquellos temas de aire polémico, social o religioso. Los suburbios, la prostitución, los barrios bajos, los negocios sucios, el estraperlo, los mercados negros, las actividades de los núcleos clandestinos comunistas, las más flagrantes injusticias sociales, la miseria y el atraso de algunas regiones campesinas, los problemas de inquilinos y realquilados, los apuros económicos de la clase media son, entre otros muchos, motivos cultivados hasta la saciedad en la novela actual.

De ahí, que en estos últimos veinte años nuestra novela haya tenido una inclinación permanente al realismo y al naturalismo, tanto en lo que se refiere a temas y a ambientes, como a su expresión. Ya en 1943, en la revista *Escorial*, José Antonio Maravall publicaba un *Comentario a la vida literaria* y advertía que «hay que precaverse de reincidir en el naturalismo». De nada sirvió tal advertencia y nuestra novela se deslizó hacia ese realismo exasperado que se bautizó con el nombre de tremendismo. En esto no hacía más que seguir el realismo tradicional —un poco desviado— de nuestra novela picaresca, en la que aparece ese trasmundo de mendigos y gente pobre, y de

la pintura de Goya. El pueblo ha sido siempre un personaje importante de nuestra novelística.

En la mayor parte de las novelas de nuestros escritores jóvenes, dentro de su variedad a veces contradictoria, encontramos un latido de preocupación social hacia la cruda y áspera realidad nacional. Generalmente obedecen a un imperativo moral de sinceridad inconformista, que puede ser tan honrado o más que el tranquilo conformismo que se empeña en proclamar la realidad positiva de la nación. El mejoramiento de una clase social, sin la elevación de la clase inferior, es un peligro constante, que puede explorar el día menos pensado. Y el adormecerse ante esta opresión de la clase miserable con un egoísmo de clase y una despreocupación social es injusto y culpable.

En la generación de la posguerra —entre 1939-1954— el primer intento de incorporar la inmediata realidad social española no fue muy logrado. El novelista joven busca un tipo de realidad que sea interesante y lo que pasa a su alrededor no lo es, porque no se parece a la materia de la novela extranjera. Quiere ver la realidad con las gafas oscurecidas del tremedismo. Si leemos a Baroja o Cela no veremos la auténtica imagen de España, como si leemos a Hemingway, o vemos un cuadro de Solana. Esto no sucede con Galdós o Pereda, que toman la realidad tal cual la veían, sin desfigurarla con tenebrismo o exotismo. Actualmente no se pretende escribir novela, sino reportaje novelesco, un testimonio o alegato social. Ultimamente Aldecoa y Sánchez Ferlosio con un conocimiento profundo del mundo que les rodea han observado con fidelidad la realidad española en su dimensión social.

En toda la joven oía novelística hay también una ausencia total del pasado, un sentirse totalmente desligado de todo lo que sea historia y tradición. Cada nueva generación trae en su bagaje una fuerte carga de desdén para todo lo anterior, sin caer en la cuenta que esta unión al pasado inmediato que todavía vive —no al que ya murió— es la garantía para que las obras puedan tener resonancia nacional y universal. *Los cipreses crecen en Dios*, de Gironella, una de las buenas novelas sociales, con gran éxito en el extranjero, es un caso muy significativo.

A la novela española le falta, en general, una problemática. Los novelistas extranjeros se han intelectualizado, han dado a sus obras un mensaje, una significación, y no por eso dejan de ser reales y humanas. No hay ninguna razón para que el personaje zafio que escupe vulgaridades y no tiene otras preocupaciones que el sexo y el estómago, sea más verosímil y humano que el que vive y siente otros problemas. Aunque sea más frecuente el primer caso, no es más interesante.

Actualmente es más necesaria esta problemática, ya que multitud de temas se han escapado del ruedo de las novelas. Todo lo que es anécdota se lo cuentan ahora al lector en el reportaje de las grandes revistas, verdaderos almacenes de apasionantes temas. Las páginas gráficas y los reportajes cinematográficos rellenan su capacidad de asombro. Cuando surgen aconteci-

mientos bélicos, que antaño daban materia para libros, una docena de películas se encargan de difundirlos, quitando interés a la narración, como ha sucedido con la guerra de Corea. Si la invasión de Rusia, por Napoleón, hubiera tenido lugar ahora, no habría cristalizado en *La guerra y la paz*, de Tolstoy, sino en polvo de películas. Despojadas del interés argumental, de lo anecdótico, tienen que refugiarse las novelas en los problemas humanos, en los ambientes sociales, y en ellos ha de poner el novelista su alma¹.

En este artículo me fijaré en las novelas publicadas después de la guerra.

* * *

De esta preocupación y ambiente social gozan las mejores novelas de Concha Espina, por citar un ejemplo anterior a la contienda. En la *Esfinge maragata*, que constituye su obra más granada, describe la vida de una mujer, cuyo marido, empujado por la esterilidad y la pobreza del pueblo maragato, donde vive, busca trabajo en otras tierras. Tema fundamentalmente social, que Concha Espina trata con profunda humanidad. En *El metal de los muertos* hay descripciones vivas con toda la problemática de las minas de Río Tinto, con un ambiente denso y duro. En todas las páginas late una tesis social de justicia y de honda preocupación de los problemas de los mineros.

En Cataluña existe una escuela de novelistas que, en conjunto son los que llevan más en su entraña estos problemas sociales. Sin duda ha influido en su obra el ambiente fabril y dinámico en que viven.

Bartolomé Soler escritor mediterráneo y giróvago de vida ajetreada en lucha por el trabajo en ambientes duros ha captado en sus libros los más diversos ambientes que acreditan su potencia creadora. Muchas de sus novelas revelan preocupación social. *Marcos Villarí* es la novela de tema rural, bronca y realista, con excesivo drama de pasiones primitivas y sicología elemental. Acentúa la nostalgia de la aldea que sucumbe a la industrialización. Le falta la visión completa y profunda de la vida social catalana, que más tarde la captó Ignacio Agustí, quien incorporó a la vida española esta parcela catalana. Su vida nómada y angustiosamente inquieta le lleva a escribir *Karu-Kinká*, el misterio de la selva magallánica aparece en *La llanura muerta*; la vida dura en la exploración de los salitrales chilenos, en *La vida encade-*

¹ Se ha discutido si la novela actual en España es o no reflejo de la realidad de su época. Rafael Vázquez Zamora en *Almanaque literario 1951* afirma que la novela de cualquiera de nuestros buenos narradores nuevos está más cerca de la vida y de las preocupaciones de su época que lo estuvo de la suya una obra de Valle-Inclán o de Pérez de Ayala. Otros escritores más jóvenes e inconformistas, como José María Castellet y Marcelo Arroita Jáuregui, estiman que la novela española actual es infiel a su tiempo. En general, afirman, todo lo que se viene publicando desde el final de nuestra guerra civil parece todavía hallarse bajo un concepto decimonónico de la literatura. Esta última postura la juzgo exagerada y exclusivista.

nada, que constituye un enjambre pululante y apretado de intensa perspectiva social, en el que no falta ni el nihilista ruso. Vuelve últimamente a Castilla, en *Patapalo*, con personajes sencillos, humildes y sobrios, como la tierra, y con su protagonista ignorante y cojo, cuya vida es una lucha. *Los Muertos no se cuentan*, su última novela, publicada este año antes de la tan anunciada de Gironella, *Un millón de muertos*, ha querido ser una réplica a la obra del gerundense. En ella el veterano novelista se enfrenta también con el tema de nuestra terrible contienda, describiendo el dominio rojo en Sabadell, su pueblo natal. Novela no vivida, sino sufrida, nos confiesa el autor.

Ignacio Agustí ha escrito su trilogía *La ceniza fue árbol*, que entra totalmente en el calificativo de social. En ella ha captado la época en que se crea la burguesía capitalista catalana, a partir de los últimos lustros del siglo pasado, el nacimiento y desarrollo de aquella clase social, que levantó y sostuvo tenazmente, en una época casi heroica el reino de la nueva industria. Es una narración retrospectiva en la que mezcla lo histórico con lo novelesco. Nos encontramos con acontecimientos reales muy significativos, como la bomba del Liceo, las huelgas, etc., todo manejado con un realismo sobrio, lleno de equilibrio. La trama novelesca no interesa tanto como la crónica político-social. Las luchas sociales, la pesadilla del terrorismo de la semana trágica, los problemas económicos, las crisis de producción y de mercados, las fábricas, desempeñan el papel de verdaderos protagonistas, sobre todo en *El Viudo Rius*, más que en *Mariona Rebull*. Parece que Agustí ha querido quedarse a solas con esa historia de la gran urbe, cuyo rápido desarrollo y vida enfebrecida, difícilmente podría hallar el individuo protagonista. En su tercer libro, *Desiderio*, que le da el título, protagoniza la novela de una manera esencial, y llena el cuadro con la etapa decisiva de su juventud. Su autor se aleja de las preocupaciones político-económicas de los dos primeros libros y el retablo social cede el paso a lo típicamente novelesco. Sin embargo, el retablo social subsiste en la pintura de la gran ciudad con sus fiestas y sus placeres, abigarrada y opulenta. Sus protagonistas, poseedores de cuantiosa fortuna y horas de odio, dan la mano al autor para recorrer la rueda de los centros de diversión. Así centra los episodios más importantes de la novela en los días de Carnaval.

Otro de los novelistas catalanes cuya obra tiene una gran proyección sociales es J. M. Gironella, quien se ha propuesto la creación de una gran trilogía que refleje la vida de nuestra patria desde la república hasta el presente, tomando la guerra civil como etapa central. Nadie en la actualidad ha tenido mayor ambición en el campo de la novela. Hay que recurrir al *Quijote*—síntesis de la novela española centrada en un loco sublime— o a los *Episodios Nacionales* de Galdós.

Los cipreses creen en Dios, que llega hasta la guerra, es la primera parte de la trilogía. Más que una novela histórica es una novela social, o mejor, político-social, pues trata de reflejar el estado político-social de una época,

llena de complejidad y de problemas. Acopla felizmente personajes ficticios, hechos reales o semirreales, panoramas objetivos e ideologías de diversas consistencias. Toda la contextura del relato nos recuerda las obras naturalistas del siglo pasado, la sociología novelesca. *Historia natural y social de una época*, definió Zola a su obra ².

Ninguna novela moderna se ha propuesto un panorama tan vasto y lleno de sentido. Ambición noble, ya que nuestra novela está tan desnuda de problemática y hondura de ideas. Y Gironella ha reunido en su novela un cosmos humano que comprende los más variados elementos de la vida española en unos años críticos: preocupaciones, ideas, tipos de vida, clases sociales, problemas de toda índole, en una amplitud hasta ahora desconocida. Está muy bien logrado el ambiente anterior a la guerra y algunos tipos de falangistas, sacerdotes y masones. La dificultad del tema demasiado agrio todavía para ser tratado con ecuanimidad, ha sido superado al estilo del dramaturgo, haciendo que cada personaje se abrace con su verdad en cada momento. Observador imparcial ha sabido conceder a todos la palabra, aunque dentro de un sentido hondo de la realidad.

Acaba de salir este año la segunda parte de la trilogía, *Un millón de muertos*. Encuadra la narración en las fechas de la guerra. El conflicto bélico hace que el escenario de Gerona, de la anterior novela, se amplíe a lo largo de toda la geografía de España, y que la familia Alvear se disperse en una serie de personajes, perdiendo fuerza argumental. Menos novela que la anterior y de estructura más floja, se pierde en reportajes y cuadros históricos. La guerra, como entidad social, es el auténtico protagonista, dejando a los Alvear en un segundo plano. Los términos se invierten, y el factor histórico prevalece sobre el factor novelesco de los Alvear, que domina la primera parte de la trilogía.

Gironella considera el drama que afectó a España con la integridad del campo de lucha. Quiere ser un narrador puro; por eso, llegado el momento de interpretar los hechos, el autor no interviene.

«Mosen Francisco —le pregunta Ignacio, cierta vez— ¿por qué cree Vd. que los hombres se matan?»

—No sé qué decirte, Ignacio. Yo entiendo más de amor que de odio.

Su opinión era que el conflicto no podía individualizarse; el odio no era contra personas, sino contra símbolos. Matan con los ojos vendados».

² Se ha dicho de ella que es un fermento tardío de la novela social, ya que la novela de hoy ha superado la novela colectiva, propiamente social. La novela última se centra más en el individuo, como protagonista esencial, sin embargo, sin renuncias a la crítica de la sociedad, dada la condición humana de microcosmos, que diría Malraux. Así el individuo resulta el héroe de las grandes novelas cíclicas, como *Los hombres de buena voluntad*, de Jules Romains, *Los Tribault*, de Martín du Gard, *Los Forsythe Saga*, de Galsworthy.

Mi propósito, declara el autor, ha sido una visión panorámica lo más cancelante posible de lo que fue y significó nuestra contienda, procurando simultanear la descripción de los dos bandos en lucha³.

Aquí radica su mayor fallo. La visión que nos da de la realidad social que fue la guerra española no es auténtica, está falseada. El sentido y motivación de la contienda aparece desfigurado. Teniendo que ser una novela de testimonio, se debía haber esforzado por no quedarse en lo anecdótico, en el mero reportaje fragmentario e injusto en la selección, sino haber penetrado en su esencia, en la valoración y significación de las ideas sistemáticas que se debatían. Por eso aunque se haya vendido mucho y le haya dado al autor varios millones —tres pesetas por muerto—, se ha dicho, ha satisfecho a muy pocos.

Ana María Matute es la mujer, dentro del grupo catalán, que tiene algunas novelas de tendencia social: *En esta tierra* y *Los hijos muertos*. *En esta tierra* es la novela de vasta ambición que se desarrolla en la ciudad de Barcelona, durante los años de la guerra. Su mérito principal radica en que trasciende la simple anécdota con una significación humana de mayor alcance. En ella se manifiesta su intención reivindicadora y una clara comprensión hacia la clase humilde, a los que la fatalidad histórica lanza hacia los detritus. El afecto humanitario que siente hacia las clases desheredadas le aboca a cierto sentimentalismo y en ocasiones bordea el folletín con cierto regusto de viejo cuadro social. La guerra cobra realidad humana a través de los diversos personajes, ya que cada uno la vive a su modo. Ana María Matute no ha concedido lugar en ninguna de sus páginas al idealismo y sus personajes devoran un escepticismo realista. *Los hijos muertos*, la mejor novela de esta autora, hace resaltar la fuerza que ejercen en nuestra vida los seres queridos que han muerto. Ellos son los que dan el estímulo para la vida a la familia de los protagonistas. Su última novela, *Primera memoria*, premio Nadal de 1961, más que novela social podemos decir que es una novela psicológica.

Otros autores catalanes caen dentro de la problemática social. Así los hermanos Juan y Luis Goytisolo, aunque en sus novelas se ha cruzado a veces la política y el deseo de dar pábulo a ciertos sectores extranjeros.

Juan es el más conocido de los novelistas de su generación, nacido en 1931, en Barcelona. Vive en París desde 1956. Hasta ahora lleva publicadas cinco novelas. *Duelo en el paraíso* es la guerra española vista a través de los trágicos juegos de niños que fusilan bromeando a un compañero. Encierra

³ Por eso alega datos y emociones de varias procedencias en su afán de evitar la unilateralidad de *L'Espoir*, de Malraux; *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway; *Un testamento español*, de Koestler; *Le grands cimetières sous la lune*, de Bernanos; la trilogía de Arturo Barea: *La jorja*, *La ruta*, *La llama*; *The fair Bride*, de Bruce Marshall. Contra ellos su libro es réplica, ya que afirma Gironella que «parcelan a capricho el drama de nuestra patria».

un dejo de amarga crítica. *El circo* desarrolla la problemática y realidad social de ese mundo curioso y bohemio. *Fiestas* es la novela del fracaso, de la soledad sin esperanza de los pobres, inadaptados y criminales. Pira no llegará jamás a Roma, en donde cree que su padre le espera; Ortega no abrirá jamás oficialmente su escuela; Benjamín permanecerá condenado a persecuciones imaginadas; Pipa, traicionado por González, se verá obligado a abandonar su vida de ensueño para entrar en orden y disciplina. El autor ha traído al mundo de hoy la tradición picaresca, pero con un gusto amargo, depresivo. Todo sucede en Barcelona, durante el Congreso Eucarístico, en el que las solemnidades religiosas se adivinan suntuosas en un fondo de barroca riqueza. Así estas fiestas católicas contrastan con los dramas humanos, sórdicos y trágicos, que tienen lugar junto a ellas. El contraste buscado da lugar a una interpretación torcida y equívoca del Magno Congreso Eucarístico. En esta línea de injusticia interpretación de los hechos está *La resaca*, publicada el mismo año 1958, en Francia. Hay en ello un fondo de verdad y de justicia social, desfigurado por la pasión política. Su última obra *Campos de Nijar* es el relato de los viajes del autor a las más desheredadas tierras del sur de España, a una región avara en la que la dureza de las condiciones de vida pone de manifiesto las primitivas cualidades del pueblo. No se limita a describir el paisaje, sino que pinta también con cordial emoción a los hombres. Las confesiones involuntarias del ricachón del pueblo o del anciano que se cruza en la carretera, permiten al recio escritor penetrar en el mundo, cuya existencia ignorábamos. Hasta ahora la geografía y la historia los habían mantenido apartados, ocultos. Todo el libro deja ver una apasionada reivindicación social.

Luis Goytisolo nació también en Barcelona, en 1935, y desde 1939 vive en esta capital. Ha publicado diversas narraciones y obtuvo el premio de *Biblioteca Breve* en 1958, con su novela *Las afueras*. Se compone de una serie de relatos, aparentemente independientes. Siete capítulos arrancados a un Barcelona, capital y provincia, que ha vivido ya dieciocho años de posguerra. La trama general se desarrolla fragmentariamente, pero la unidad se la da a la novela la huella que deja en el lector, esa unidad más íntima del subconsciente. Los personajes poseen una caracterización sociológica, de tal manera que las circunstancias históricas y sociales de las personas se convierten en verdaderos protagonistas. Ha intentado crear un sujeto colectivo, social, al estilo de la novela americana. Al comienzo, en capítulo aparte, presenta a todos los que van a intervenir. El autor nos abre un retablo sugestivo: unas generaciones, la ciudad y el campo, la división de la sociedad en clases, y como fondo todavía la guerra española. Al acabar su lectura nos queda la sensación de haber contemplado, sin comentarios, pero muy al vivo las entrañas de la sociedad campesina y burguesa en toda su proyección social. Como en crescendo el clima va ganando en vibración. Pero todavía no ha personificado su dolor y el dolor que ve en los demás, todavía no ha acen-

drado su propia imagen del mundo, aunque su libro es el de una conciencia seria y alerta a los problemas vitales.

Del lado de Barcelona es su última novela. No contiene propiamente argumento. Es la vida misma, tal como se manifiesta en los hombres, maltratados por los acontecimientos, la miseria y la política, vida inconsciente de sí misma. Los actores de esta comedia humana aparecen y desaparecen en estrecha dependencia con los acontecimientos, sufren las consecuencias de ellos. No ven más allá de su hecho personal, de su pasión y su vida material. Sus reacciones son diversas: brutales o compasivas. Goytisoló durante la guerra española vivió refugiado en un pueblo de Cataluña. Su madre murió en 1938, víctima de un bombardeo. Por eso las escenas y las personas de ese terrible drama humano tienen algo de vivencia personal, y un tono apasionado, poco objetivo. Dios está totalmente ausente en la novela, lo que no tiene explicación en un pueblo creyente, que atraviesa una situación trágica.

Luis Romero es otro autor catalán con intención social en algunas de sus novelas, *La noria* presenta la misma técnica que *Las afueras*. Nos describe un día de Barcelona a través de treinta y seis personajes, captado con una inmediatez e intuición extraordinaria. El ritmo brillante y la tensión continua dan viveza al relato. Con ella aspiraba a que un millón de barceloneses se sientan aludidos o crean reconocerse retratados. Hay algo de rutina y vuelta de noria en la sociología presentada en la obra. *La nochebuena*, su última novela, encierra una interesante sátira social. A una ciudad cualquiera, inmensamente frívola y mecanizada, llegan un tal José y una tal María, esta última en avanzado estado de gravidez. Vienen de un pueblo, como tantos otros, a buscar trabajo a la capital. No encuentran hospedaje y se ven obligados a refugiarse en un vagón de ganado, perdido en el laberinto de la estación de mercancías. Esa misma noche nace el niño. La obra está llena de simbolismo e implica un estudio crítico de la sociedad contemporánea, de sus prejuicios y posibilidades de renacimiento espiritual.

* * *

Miguel Delibes es uno de los novelistas que avanzan con paso seguro. De gran habilidad narrativa se mueve preferentemente en un mundo pueblerino y rural. Nos ha dejado una novela con sabrosa almendra social, sobre un problema muy repetido en la sociedad. *Mi idolatrado hijo Sisi* cuenta la historia del hijo único, estropeado por la tolerancia y los mimos del padre, que no ha querido tener otros herederos. Es una condena del malthusianismo y de ese egoísmo familiar que limita los hijos. Pero todo sin retóricas, sin sermones, con la fuerza aplastante de los hechos, captados aquí por el novelista con una fuerza impresionante. Nos ha dejado un libro humano y fuerte. El padre de Sisi es un comerciante vulgar y ligero, sin más aspiraciones que aumentar sus riquezas y satisfacer sus apetitos. Suele alimentar todos los

tópicos y su vida está vacía de sentido. En ocasiones nos recuerda a Babbitt, más tímido y limitado. El hijo es también de acabada propiedad.

Ignacio Aldecoa, gran conocedor de la tierra española, de sus problemas y de sus hombres ha manifestado su propósito de hacer un extenso programa de novelas con sus más profundas creencias y experiencias. Para él es esto una cuestión de ética profesional, o mejor vocacional. Ha visto ya el mundo que pretende expresar. Su novela lleva gran cargamento social.

En su primera trilogía nos describe el mundo de la guardia civil, de los gitanos y de los toreros con todas sus preocupaciones y problemas. No teme caer en el tópico, porque son ambientes que él conoce perfectamente. Ha publicado *El fulgor y la sangre* que transcurre en el espacio de algunas horas en el cuartel de la guardia civil mientras las esposas de varios guardias esperan a uno de éstos, que ha sido asesinado en unas ferias. Centra todo su empeño en pintar los seres y sus circunstancias. El segundo libro *Con el viento solano*, se inicia con las andanzas del gitano que ha dado muerte al guardia, hasta entregarse él mismo. El mayor impacto sobre la sensibilidad del lector lo da el sarcástico contraste entre el gitano, cargado con su trágico secreto, y las gentes que tropieza, que le van incrustando sus pequeñas preocupaciones.

La segunda trilogía tiene por asunto el mar. Pero no el mar de la aventura, sino el mar del trabajo, el de los pescadores. Hasta ahora sólo ha publicado el *Gran Sol* —Terranova— con la pesca de altura. Luego vendrá la pesca de bajura, y el tercero, *Viejas anclas* con el trabajo en el mismo puerto.

Después de la trilogía de los pescadores quiere hacer la del hierro. Primer libro: la mina; segundo, el trabajo en los altos hornos; tercero, la utilización de las herramientas. Su propósito es desarrollar novelísticamente la época de los grandes oficios. No abriga propósitos socializantes, pero sí honda preocupación social. Ser escritor es, ante todo, una actitud en el mundo. Yo he visto cómo es la pobre gente de España. No adopto una actitud sentimental, ni tendenciosa. Pero sí quiero manifestar esta realidad española casi inédita en la novela.

También hace relatos breves y cuentos «de pobres», sociales. Gusta este autor de dedicar al estudio de una profesión u oficio cada uno de sus relatos o cuentos. Así: *Santa Olaja de Acero*, referente a los ferroviarios; *Kilómetro 400*, a los transportistas; *Young Sánchez*, a los boxeadores; *Seguir de pobres*, a los segadores, etc. Cada uno de estos relatos atiende con cierto pormenor a las costumbres más fatigosas del oficio trazado, con detalles de tipos, ambientes, paisajes. Y como gran escritor, rehuye el cliché fácil y, por supuesto, el aburrimiento tan frecuente en las narraciones objetivistas, creando un verdadero *climax* dramático. Este conjunto de lo social con la emoción dramática da a su obra una gran originalidad e interés que no tiene la novela objetivista. Por otra parte, no pretende trazar el esquema social y deshuman-

nizado de una industria o de una profesión, sino el vivir del hombre auténtico en su medio de trabajo.

Rafael Sánchez Ferlosio, como Ignacio Aldecoa, ha querido darnos en su novela *El Jarama*, el testimonio de una realidad social española. Ha utilizado una técnica paralela a la del autor del *Gran Sol*. Como en el *Gran Sol* se describe a unos pescadores de altura, encerrados en el angosto espacio de un barco, reducidos a su vivencia íntima, *El Jarama* describe la jira de unos muchachos y muchachas, trabajadores de la ciudad, que pasan un domingo veraniego a las orillas del río que da nombre al relato. Un compacto volumen recoge con meticulosidad las conversaciones, pasatiempos, gestos, movimientos y atuendo de ese mundo que es la quinta esencia de la vulgaridad. En su cháchara anodina faltan algunos temas, como el fútbol, habituales en la gente de su talante. Un domingo, pagano y vulgar, sin Dios y sin Iglesia, reflejado con un realismo social y sin alma, que nos recuerda el realismo socialista, laico y amargo. Su protagonista es el pueblo, la masa, y sus personajes están arrancados de la vida cotidiana con sus preocupaciones y cosas intrascendentes.

Un aspecto social interesante y nuevo es el que aparece en la última novela de Ildefonso Manuel Gil, *Pueblonuevo*. Al visitar los nuevos poblados de regadío, realizados en la zona de los Monegros por el Instituto de Colonización, el jefe de los servicios de colonización del Estado de Israel, se interesó principalmente por los problemas de adaptación y convivencia de los nuevos propietarios procedentes de distintas regiones. Este es el tema elegido por el autor de *La moneda en el suelo* y *Juan Pedro el Dallador*. Vecino de Zaragoza, tenía a mano el campo de experimentación, en ese pueblo al que habían ido a parar gentes de todas partes, azotadas por la falta de trabajo o por la insuficiencia minifundista. ¿Cómo se cimenta la unidad, y adquieren un sentido comunitario estas tierras de aluvión? No sólo por la comunidad de intereses, sino también por el entramado espiritual de la convivencia, por las eternas inquietudes del amor, de las pasiones, de la muerte. La vida con sus contrastes, sus dolores, sus gozos, van poniendo especies de unidad y eternidad. El novelista desarrolla todo ello en el triple plano de la anécdota, el monólogo interior, y el diario, intérprete, de uno de los personajes. Tiene especial interés porque era un tema orillado en la literatura social.

Antonio Prieto con su novela *Buenas noches, Argüelles*, intenta describirnos el barrio, donde él reside. En lugar de optar por un puntillismo unanímista de numerosos tipos, al modo de *Manhattan Transfer*, de Passos, prefiere la intensidad psicológica de tres: un niño, una vieja y un oficinista vulgar. Estos resultan insuficientes para dar esa compleja variedad del barrio madrileño. Existen extractos sociales, que en la novela no se aluden siquiera. El autor se ha quedado a medio camino, ha captado un ambiente social más limitado y recoleto que la realidad del complejo y rico barrio madrileño.

Un ambiente muy distinto aparece en las novelas de Tomás Salvador. Lo social en su sentido pintoresco pudiera estar representado en *Historia de Valcanillo* y *Cuerda de presos*. Esta última relata la conducción de un preso por tierras de León, y Castilla hasta Vitoria, a pie, según la antigua usanza. Es una pintura vigorosa de un girón de España, en sus paisajes, sus costumbres, sus hombres, sus problemas. La maldad social o de grupo resalta en *Los atracadores* y *División 250*. *Los atracadores* son tres: el señorito, el compare *Chachas* y el futbolista anodino. A través de ellos se adivinan las reivindicaciones sociales y la sátira moral. La política simple aparece en *El agitador*. Las revueltas políticas, los odios de clases, las luchas ideológicas, las ambiciones personales, son trazadas con rasgos magistrales. Su última obra, que ha obtenido este año el premio Planeta, *El atentado*, representa la maldad simple. En esta novela encierra el autor un protagonista colectivo, plantea problemas y temas que afectan a la convivencia de los pueblos y de las clases sociales. En ella vemos dos mundos distintos, con sus incomprendimientos, sus injusticias mutuas, sus odios. Del mundo del hombre que va a ser víctima de un atentado trasciende un tierno y contradictorio amor senil, y del mundo de los asesinos anarquistas hace aparecer la humanidad de cada uno con sus problemas sus preocupaciones existencialistas y el sentimiento del absurdo a lo Sartre.

La pluma de Tomás Salvador triunfa porque sabe mojarse en vida, pasión, realidad humana y social. Su propósito general y su gran ilusión, ha confesado últimamente, es abordar con más profundidad y amplitud el tema social, que le ha preocupado siempre. Proyecta un gran ciclo de novelas sobre las *Comunidades*: la *Aldea*, como raíz y fuente primera; el *Pueblo*, y la última, la *Ciudad*.

La colmena, de Camilo José Cela, cabe también, en cierto aspecto, dentro de esta clasificación social. Pretende apresar un panorama de la vida española, localizado en Madrid, en los primeros años de la posguerra. Novela de composición sinfónica, sin protagonistas, ni personajes destacados, como una orquesta, que sigue la técnica del ya célebre *Contrapunto*, de Aldous Huxley. Su libro es corto, aunque tenga 200 personajes, para un panorama tan amplio. Pretende haber abordado graves y ásperos problemas y realidades de la vida española. Todo se ha reducido a un juego de pasiones; hambre de sexo de hambre y de pan. Cela ha rascado siempre las costras más sucias de la realidad. ¿No hay problemas más hondos que los de la triste buscona que no encuentra trabajo, de la hija de familia bien que se acuesta con el novio, de una cuadrilla de brigantes? Lo que quiere aparecer como sátira profunda no es más que grosería e impertinencias que le brotan con profusión escandalosa. ¡Qué lejos estamos de la sátira profunda y audaz y de la intención intelectual de Baroja, Unamuno y Fernández Flórez!

Mucho mayor vena satírica e intención social encierran las novelas de Juan Antonio de Zunzunegui. Casi todas se encuentran en esta línea de

mordaz sátira social, para la que está tan bien dotado. Zunzunegui ha incorporado a la novela actual la realidad española vista preferentemente en su proyección económico-social. Generalmente agrupa la realidad alrededor de un personaje central. De los naturalistas tomó Zunzunegui la preferencia por los hechos muy generales de naturaleza social, por los tipos, por los ambientes particulares. La materia de sus novelas proceden de la realidad circundante, concebida con cierto pesimismo, y de ella principalmente los hechos económicos. El mundo de Bilbao y de los pueblos de la ría, ese mundo que vive alrededor de la estructura económica más representativa de la aventura capitalista en España, juntamente con el ambiente de Madrid, en lo que va de siglo, que es lo que vive su autor, constituye la plataforma de sus novelas. Sus protagonistas son con frecuencia hombres de negocios, ya honrados, como en *El supremo bien*, ya turbios, como en *La vida cómo es*, y *La quiebra*. Zunzunegui concede al dinero tanta importancia como Balzac y a su alrededor giran personajes y personajillos. *Esa oscura desbandada* es la novela de mayor ambición, en la que ha querido reflejar un gran trozo de la realidad española. *El hijo hecho a contrata* encierra una renovadora sátira contra el egoísmo de algunos matrimonios. *Una mujer sobre la tierra* (1960), encierra una crítica severa de los vicios y pasiones de la gran ciudad, a través de una mujer campesina de la huerta de Murcia, que se ve obligada a ir a una portería de Madrid, a causa de la guerra. Un deseo de mejoría para la gran familia española preside este relato bronco y tierno. Para Matilde el campo es la alegría y la salud; la ciudad, la corrupción y el vicio. *El mundo sigue*, su última obra, está dentro de la línea social de las novelas de este escritor bilbaíno.

* * *

La primera novela que publicó Jesús Fernández Santos, en 1954, *Los bravos*, fue una de las que inició, entre la ola joven, el objetivismo social, en España. Obtuvo el premio ciudad Barcelona, en 1954, y ha vuelto a ser publicada por la Editorial Destino. Centra el autor su novela en un mísero pueblo, encajonado entre montañas, sin horizontes ni esperanza, mantenido así por quienes satisfechos y egoístas ayudan a que este estado de cosas siga sin remedio. Su visión es pesimista, desesperanzada. Subraya con amarga sátira la rutina del cura en el entierro de don Prudencio y el odio enconado de unos contra otros. De un pueblo pobre y materializado, sin riqueza ni espíritu, poco se puede esperar para el futuro.

La mina de Armando López Salinas, finalista del premio Nadal, en 1959, nos pone se relieves el problema de la desigualdad social en España. El hombre de campo sufre el hambre y la falta de trabajo, mientras el amo vive satisfecho en la capital, dejando la tierra en barbecho, sin permitir que el peón hambriento la trabaje en arriendo. Este, obligado por su miseria y su nuevo odio, huye a la fábrica o a la mina en trágico éxodo. Espera aquí una

redención, pero se encuentra igualmente con la injusta desigualdad social de los hacinados en chabolas, con la enfermedad y, finalmente, con el hundimiento de la mina, porque el ingeniero dijo que la mina estaba bien. Esta muerte trágica es el colofón de una vida miserable y desesperada que ha luchado en vano frente a las injusticias sociales, camufladas de legalidad. El autor divide la obra en tres momentos: *La huida*, *La cuadrilla* y *El hundimiento*. Ha cargado las tintas del materialismo rastrero de los protagonistas, de su vida instintiva, casi animal, de su rencor y odio de clase, del egoísmo cruel y abuso de la autoridad, de la despreocupación social de los dirigentes de *La mina*. Todo con una localización y una verdad de cosa vivida.

Román Nieto, joven de 28 años, ha encarnado en el alma del joven *Daniel Herrera*, protagonista de *La fiebre*, el fracaso y desorden de toda una época, la crisis de la burguesía española en la mitad de nuestro siglo. Algo parecido a lo que Thomas Mann realizó —también a esa edad— al escribir *Los Buddenbrook*, sobre la crisis de la burguesía alemana a fines del siglo pasado. Tema de ambición y empeño. La acción transcurre de 1930 a 1953. A lo largo de las páginas se tratan los problemas sociales, profesionales y religiosos de la juventud. Delata el autor como causa de la crisis juvenil la vulgaridad de los mayores, su despreocupación y desprecio de los jóvenes, la descomposición de la burguesía en una rutina inoperante. Daniel, en el hastío del burgués inadaptado, aunque se proletarice, continúa su desorden, porque le falta la autocrítica sincera, para tener derecho a criticar a los demás. El dolor, en esta novela, se convierte en belleza, como diría Camus, por obra y gracia del autor, y transcende por todos sus poros una buena lección moral.

Entre las novelas cortas de hoy destaca extraordinariamente la de José Tomás Cabot, *El piquete*, premio Sésamo de 1960. Su autor plantea la tesis social de un alejamiento histórico. Su narración se basa en un hecho real, de la primera guerra carlista: un piquete de ejecución que espera la mañana en la que fusilarán al reo. El azar con sus bolas negras ha elegido a sus mismos amigos y compañeros para fusilarle. Parecía que, como en los *Doce hombres sin piedad*, el muchacho iba a salvarse, gracias a la conjuración de sus amigos. Pero cuando Zumalacárregui da la orden de disparar, claudican todos, menos el francés Duval, que había resistido a la conjuración.

El reo es el juez. El fusilamiento se ha llevado a cabo para escarmiento. Todos son culpables, pero el menos, el elegido por la suerte, Bautista, cuyo nombre tiene resonancia evangélica. Cabot con una madurez y perspicacia extraordinarias ha ironizado trágicamente sobre el afán español de simplificar las causas complejas y señalar un culpable a quien atribuir nuestros defectos y los males nacionales. El tema es añejo, pero nadie dirá que no es actual.

España no es un problema tan sencillo que pueda resolverse en cuatro días, dice uno de los personajes. El simplificar es peligroso y puede descar-

gar sobre justos la culpa de pecadores. Los que matan quizá sepan lo que hacen y hasta podrá estar justificado, pero siempre hay un cordero, una sangre de justo que clama.

«Los españoles os hacéis la guerra unos a otros porque tenéis todos miedo, un miedo furioso a los gigantes —dice René Duval—. Unos tenéis miedo a la Constitución, al progreso, a la libertad. Los otros tienen miedo al despotismo, a la intolerancia, a la tradición... Y ambos creen ver continuamente gigantes en donde hay sólo molinos... aporrean a los molinos, creyeron aporrear a los gigantes. Y así acabarán con España».

Las culpas colectivas y nacionales se diluyen demasiado para que señalemos a un solo culpable: el capitalismo, la burguesía, el clero, el proletariado, el gobierno. Esta es la gran tesis de este pequeño libro, cuyo autor es médico y periodista.

De *El piquete* pasemos a *La piqueta*, otra novela con gran trasfondo social, de Antonio Ferrés. El mundo sórdido y pobre del suburbio aparece en ella, mirado sin paliativos, pero sin rencor. El amor no excluye la protesta. Toda la novela a través de una sabia graduación dramática que nos lleva al momento culminante —la demolición de la chabola— es una silenciosa protesta. No contra la ley que ordena esta demolición, sino contra la situación social que hace necesaria esta ley, y contra los hombres que no reaccionan, que se han acostumbrado a mirarlo todo pasivamente, a considerarlo todo fatal, como aparece en el primer capítulo, de masa humana sin protagonista individual.

Todos viven sin ninguna proyección social, sin sentido comunitario. «Todos tan superficialmente, tan falsamente juntos, parecían seres insignificantes con los que podría jugar cualquier acontecimiento, seres sujetos a una maldición, a la profecía de un fraile». No queda en esta pasividad más que una salida, la de la vieja que va a rezar «para ver de arreglar todos los tristes problemas de la chabola». No es lo más terrible que haya chabolas y miseria. Lo peor es que haya hombres así. La resignación cristiana, cuando las cosas no tienen remedio en este mundo, ante la muerte o el dolor inevitables, es una virtud saludable. Nunca cuando se puede intentar algo para hacer menos dura la propia vida y la de los demás.

Dentro de este chabolismo suburbial está la novela de J. Luis Martín Virgil, *Una chabola en Bilbao*. Es su cuarta novela, con gran sobriedad de medios y un buen pulso narrativo. El autor nos da una novela-testimonio, quiere sacudir al lector con una fuerte impresión sobre el arrabalismo, misero, amargado, que no conoce. Enquistado en su rutina cotidiana, y en el ajedrez de su vida, no quiere saber nada del dolor y pobreza del que vive mucho más cerca de él de lo que se imagina. Es una acusación contra la injusticia social de esas barriadas miserables que rodean a las ciudades industriales, una censura cristiana contra el egoísmo social.

Para ello maneja personajes de todas las clases sociales. Los protagonistas son dos: un médico incrédulo, que se conquista las simpatías del barrio; y

un jesuita, tímido, que fracasa en su acción pastoral. Convertido el médico por el jesuita —los dos fueron condiscípulos de colegio— comparte con el sacerdote la chabola del suburbio. Junto a estas dos vidas, monta toda la miseria e inmoralidad del barrio y la respuesta de una sociedad no tan cristiana que se contenta con la visita dominguera de caridad ficticia. Sin duda, que exagera las tintas negras de egoísmo y olvido de la sociedad cristiana, y de inmoralidad del suburbio, sobre todo localizando la novela en el barrio bilbaíno de Uretamendi —Aretamendi, lo llama en la novela—. Pero la lección moral que nos da es necesaria y urgente para no caer en el pecado colectivo contra la justicia y contra el amor.

El montaje de estas novelas no puede ser despreciado, ni acallado. No alentemos el desprecio con que el mundo burgués y provinciano de *La fiebre* acogió las inquietudes juveniles de Daniel Herrera; ni sigamos descargando responsabilidades en el vecino con una simplificación tan injusta de los hechos como *El piquete*; ni queramos que el pueblo miserable siga en esa pasividad inútil de los protagonistas de *La piqueta*. Ya no es posible amordazar la boca airada que nos grita estas injusticias sociales. Para inquietarnos en nuestro camino de inocentes totales y para mostrarnos las lacras humillantes y amargas de nuestra realidad nacional cumple un buen objetivo esta novela social, aunque su insistencia sea machacona y monocorde, dentro del panorama de la novela actual.

I. ELIZALDE, S. J.

